

cias á la limpidez del aire matutino, la isla fuese perfectamente visible.

Hacia mediodía se echaron anclas; hallábanse á unos tres cuartos de legua de la tierra. Hacía ciento diez días que Napoleón saliera de París; la travesía del destierro había durado más tiempo que aquel segundo reinado acaecido entre la isla de Elba y Santa Elena.

El emperador, que había salido de su camarote más pronto que de costumbre, se adelantó á lo largo del pasamanos y clavó en la isla una mirada impasible: ni un músculo de su cara se movió; y, hay que decirlo, aquella máscara de bronce estaba tan sometida á la voluntad del moderno Augusto, que los únicos músculos que parecieron vivientes fueron los músculos inmediatos á la boca.

La vista de la isla no era, sin embargo, muy agradable; divisábase una aldea más larga que ancha, perdida en el fondo de gigantescos peñascos, desnudos, áridos, devorados por el sol. Como en Gibraltar, se hubieran podido prometer cien luises al ingeniero que tuviese la habilidad de hallar un sitio en donde colocar un cañón.

El emperador, al cabo de diez minutos de contemplación, se volvió hacia Las-Cases.

—¡Vamos á trabajar!—dijo.

Y bajó, hizo sentar á Las-Cases y se puso á dictar, sin que su voz acusase la menor emoción.

Después de echar anclas, el almirante bajó á un bote y mandó remar hacia la isla.

A las seis de la tarde volvió muy fatigado; había recorrido toda la isla y creía haber hallado un sitio conveniente; por desgracia, exigía algunas reparaciones, y éstas podían durar dos meses.

La orden positiva de los ministros ingleses era que no se desembarcara á Napoleón hasta que su mansión no estuviese dispuesta á recibirle. Pero el almirante se apresuró á decir que el general Bonaparte estaba seguramente cansado y aburrido del mar, y tomaba sobre sí la responsabilidad del desembarque; y como éste no era posible de noche, el almirante anunció que el día siguiente comerían una hora antes que de costumbre, para que el desembarque pudiese tener lugar después de comer.

El día siguiente, al salir del comedor, Napoleón halló reunidos en la toldilla á todos los oficiales, y las tres cuartas partes de la tripulación alineadas en los pasamanos.

Un bote aguardaba; el emperador bajó con el almirante y el gran mariscal.

Un cuarto de hora después, el lunes 16 de octubre de 1815, pisaba el suelo de Santa Elena.

Para lo restante, ver el *Prometeo*, de Esquilo.

XIX

Lieschen Waldeck

En aquella misma hora en que Napoleón pisaba el suelo devorador del destierro, en la pequeña ciudad de Woltach, oculta en el fondo de uno de los valles más pintorescos del gran ducado de Baden, una niña de diez y seis años, como la Margarita de Goethe, dejaba parar el torno, y con los brazos caídos, la cabeza apoyada en la pared y los ojos al cielo, murmuraba una canción, muy en boga en Alemania.

Tan absorta estaba la muchacha en su pensamiento, que no oyó abrir la puerta que daba á un patio interior, ni vió entrar, ó, mejor dicho, detenerse en el umbral de aquella puerta, á un joven de veintinueve ó treinta años, vestido con el traje de los campesinos de Westfalia.

Decimos *vestido con el traje*, porque, mirando atentamente al joven, observábase en él, á pesar de su esfuerzo en ocultarlo, cierto aire militar que manifestaba que el traje de oficial era el único que se adaptaba á su talle, á la vez esbelto y decidido.

Su semblante era hermoso y varonil á un tiempo; los ojos, de un azul oscuro, eran vivos y penetrantes; el pelo, rubio, casi castaño; los dientes, soberbios.

La joven, sin apercibirse de su llegada, siguió cantando. A cada nueva estrofa, su acento iba haciéndose tan triste, casi tan doloroso, que el joven no tuvo valor de oír las tres ó cuatro palabras que faltaban para terminar la canción, y, aproximándose vivamente:

—¡Lieschen!—dijo.

La joven se inmutó, y, volviéndose, divisó al joven entre la obscuridad que había dejado llegar sin encender el velón de tres brazos de cobre, preparado encima del arca de encina, y con voz casi de espanto:

—¡Sois vos!—dijo.

—Sí. ¿Por qué cantáis esa melancólica canción?

—¿No la conocéis?

—No,—respondió el joven.

—¡Bien se ve que sois francés!

—¿En qué? ¿En la manera como pronuncio el alemán? Me inquietáis, Lieschen, diciéndome esto.

—¡Oh, no! Habláis el alemán como un sajón. Digo que se ve que sois francés, porque entre nosotros esta canción es popular, y no hay desde el Rhin al Danubio, desde Kehl á Viena, una muchacha que no la cante; es la *Margarita en el torno*, de nuestro gran poeta Gœthe.

—Sí, ya lo sé,—dijo el joven sonriendo;—y aquí tenéis la prueba.

Y en el más puro sajón, como decía la niña, repitió los cuatro primeros versos de la triste canción.

—Entonces ¿qué es lo que me decíais?

—Pues... os decía: «¡Hablad, Lieschen! ¡El sonido de vuestra voz me deleita!»; como pudiera decir á un pájaro: «¡Canta, pajarillo! ¡Me gusta oírte cantar!»

—Pues bien: ya he hablado.

—Sí: ahora me toca hablar á mí.

Y, acercándose á la joven y tendiéndole la mano:

—¡Adiós!—dijo.

—¿Por qué adiós?—exclamó la niña.

—Lieschen, debo partir, debo marcharme de Wolfach, penetrar lo más adentro posible en Alemania.

—¿Corréis algún nuevo peligro?

—El peligro que corre un proscrito de ser detenido; el que corre un condenado á muerte: ser fusilado.

Luego, con ademán que indicaba el hombre familiarizado con todos los peligros, hasta con aquél:

—Esto es todo,—añadió.

—¡Ah! ¡Dios mío!—dijo la joven uniendo las manos.—No puedo imaginarlo.

—No obstante, es la primera palabra que os he dicho, hace tres días, en este mismo sitio, al entrar por esa misma puerta, que la casualidad — ¡no, me equivoco, Lieschen!—, la Providencia abrió ante mí; no obstante, es la primera palabra que os he dicho: «Estoy proscrito; tengo hambre, tengo sed.»

—¿Pero anteayer no me dijisteis también que habíais encontrado un escondrijo seguro?

—Lieschen, al dejaros, he de haceros una confesión: ese escondrijo es vuestra propia casa.

La niña miró al joven con espanto.

—¿Nuestra misma casa?—exclamó.—¿Os habéis ocultado en la casa de mi padre sin su permiso?

Tranquilizaos, Lieschen,—dijo el joven;—esta casa voy ya á dejarla; pero dejad que os explique antes cómo entré y á quién recibisteis.

La muchacha retiró el torno con el pie, apoyó las manos en ambas rodillas y miró al proscrito con ojos á un tiempo amistosos é inquietos.

—Yo estaba en la isla de Elba con Napoleón, y me envió á Francia para preparar su regreso. Púseme en relación con el coronel Labédoyère y el mariscal Ney. Ambos han sido fusilados; yo, como ellos, estoy condenado; pero, más afortunado que ellos, prevenido á tiempo de que iba á ser arrestado, huí á Estrasburgo, mi país natal, donde estuve cerca de un mes oculto en casa de un amigo. Hace cuatro días, avisado de que mi retiro había sido descubierta, salté las murallas, atravesé el Rhin á nado y me hallé en el gran ducado de Baden. Anduve todo el día por caminos extraviados, familiares á mi infancia, y llegué á Wolfach. Mi intención era entrar más adentro de Alemania, donde tengo una misión que cumplir; pero os encontré, Lieschen — ¡qué queréis!, el hombre no es dueño de su destino—, os encontré y, á riesgo de todo, me quedé.

—Os creía ya lejos. Cuando os vi al día siguiente, fuí dichosa al veros, y no os pregunté por qué os habíais quedado.

—¿Por qué me quedé?—dijo el joven, envolviendo en una ardiente mirada á la casta niña que le confesaba con tanta ingenuidad la dicha que le ocasionaba el verle.—¿Por qué me quedé? Voy á decíroslo. El sombrío cobertizo que hay en el patio conduce, mediante una escalera, á un pequeño granero abandonado; allí me refugié al dejaros. Desde aquel granero se divisan vuestras ventanas: yo había esperado la noche, y me disponía á partir, enviándoos mi última mirada, mi último adiós, cuando, de pronto, se abrió la ventana y aparecisteis en ella... No tengo necesidad de deciros que sois hermosa, Lieschen; pero, iluminada como estabais entonces por un rayo de luna, ¡erais encantadora!

Lieschen murmuró algunas palabras ininteligibles, se ruborizó y bajó los ojos en la obscuridad.

El joven prosiguió:

—Llevabais en la mano un ramo de rosas; no sé qué

sentimiento interior os animaba, más aún, qué rayo del alma iluminaba vuestro semblante; pero, con los ojos clavados en el camino que yo hubiera debido seguir si no me hubiese quedado, vos deshojasteis aquellas últimas hojas del otoño, pálidas como los días sin sol en que nacieron, las deshojasteis en dirección de aquel bosque Negro donde me creíais ya...

—Yo las deshojé al viento, sin darles dirección,—respondió Lieschen;—el viento las llevó consigo.

—¡Pues bien, sea! El viento venía de Francia: ¡era un viento amigo! Vos permanecisteis mucho tiempo en la ventana, y yo pasé todo aquel tiempo contemplándoos; después, cuando al fin se cerró vuestra ventana, mis pies quedaron clavados, y no tuve valor de partir.

—Y, sin embargo, ¿partís hoy?—dijo Lieschen con un suspiro.

—Escuchad,—respondió el proscrito:—hoy he visto rondar por la ciudad algunos gendarmes franceses; se han puesto en relación con los del gran duque, y no dudo que á estas horas unos y otros me persiguen.

—¡Dios mío! ¿Qué hacer?—exclamó la niña.

—¡Oh! ¡Por mí, poco me importaría, querida Lieschen!—dijo el joven.—Mas el descubrimiento de un conspirador francés en vuestra casa comprometería á vuestro padre, á vos sobre todo, que habéis guardado el secreto á ruego mío.

—Yo soy, más bien, quien os ha hecho este ruego; este secreto os lo he guardado con tanto celo, cuanto mi padre —tan cristiano, tan bueno, tan misericordioso,— no sé por qué, odia implacablemente á los franceses; varias veces he notado que, á la simple vista de un compatriota vuestro, se inmuta y palidece. Y, sin embargo, si creéis más seguro quedaros que huir, quedaos.

—¡Lieschen! ¡Querida Lieschen!

—La vida de un hombre es cosa tan preciosa á los ojos del Señor, que yo espero que el Señor me perdonará lo que hago.

—¡Sois un ángel, Lieschen!—dijo el joven.—Pero no es únicamente el peligro lo que me aleja de vos, sino una piadosa misión que tengo que cumplir. Voy á Baviera.

—¿A Baviera?—dijo la joven, levantando los ojos.

—Sí; en busca de una joven hermosa como vos, Lieschen, pero que fué menos feliz que vos... Apenas haya

cumplido esa misión, seré libre y, sea cualquiera el peligro que corra permaneciendo en las fronteras de Francia, ¡oh! ¡os juro que volveré!

—¿Y cuándo?—preguntó Lieschen.

—¿Cuándo? No lo sé; pero os pido tres meses.

—¡Oh! ¡Tres meses!—exclamó alborozada Lieschen.

—De aquí á tres meses, si volvéis á verme, Lieschen, ¡prometéis reconocerme?

—No ponéis mi memoria á dura prueba, caballero, y tengo la costumbre de guardar más de tres meses el recuerdo de mis amigos.

En aquel momento dieron las siete.

El joven oficial fué contando una á una las siete vibraciones de la campana

—Las siete,—murmuró la joven;—mi padre ha salido esta mañana para Ettenheim, y no puede tardar en volver.

—Sí,—añadió el proscrito;—y por otra parte conviene que me marche.

Y se dirigió á la ventana abierta, contemplando el horizonte.

—¿Sabéis el camino que debéis seguir para marcharos?—preguntó tímidamente Lieschen.

—Sí,—respondió el joven;—pero no miro el camino que debo seguir para marcharme; ¡miro el camino que he seguido para venir!

—¡Pobre desterrado! ¡Comprendo! Wolfach toca todavía con Francia, y cada paso que daréis...

—Va á alejarme de vos, Lieschen; así es.

Y continuando con sentimiento de profunda melancolía:

—¡Es extraño!—dijo.—Mi vida ha transcurrido fuera de Francia; sólo he puesto de vez en cuando los pies en ella, como el marino cuya existencia se desliza entre el cielo y el mar, pone el pie en una isla ante la cual ha pasado; de doce á quince años, estuve en Italia; de quince á veinte, en el Tirol y en Alemania; de veinte á veinticinco, en Iliria, en Austria, en Bohemia; de veinticinco á veintisiete, en Polonia y en Rusia; jamás al dirigirme á cualquiera de los países que he nombrado, he sentido alejarme de la frontera de Francia; seguía mi bandera, y con la mirada fija en su águila de alas desplegadas, ¡iba á donde iba ella! Pues bien: ¡hoy mi corazón se desgarrá á la idea de dejar Francia! Nunca me había parecido tan cara. Mirad,

Lieschen: es una locura, pero creedme, daría un año de mi vida con vuestro amor, diez años de mi vida si no me amara, para ver una vez más, á través de las brumas del Rhin, ¡la aguja del campanario de Estrasburgo!

—Sí, ¡es vuestra patria!

—¡No podéis figuraros lo que es esta idea, Lieschen! Yo estoy solo en el mundo; todo cuanto amaba, padre, madre, hermanos, todo ha muerto; amor, veneración, afecto, todas esas afecciones las había concentrado en un hombre solo; y ese hombre se ha caído de tan alto, que no me ha visto al caer. He querido seguirle á Santa Elena, como le seguí á la isla de Elba, y los ingleses me han descartado; he vuelto á Francia y he sido condenado á muerte. Estaba tan hastiado de todo, que, aunque soy rico, relativamente al menos, tal vez me hubiera libertado á mí mismo, si al librarme hubiese tenido el consuelo de que un corazón me compadeciera.

—¿Ni un amigo?—preguntó Lieschen.

—Mis amigos eran mis compañeros de armas, y les vi caer alrededor de mí en todos los campos de batalla de Europa. ¿Qué se ha hecho de los que sobreviven? ¡Proscritos como yo!... ¡dispersos y errantes por este mundo que conquistaron!

Y el joven levantó tristemente los hombros.

—¿Ni un amor?—murmuró Lieschen.

—¡Un amor! ¿Sabíamos lo que era, nosotros, viajeros armados que recorríamos el mundo á paso redoblado; que el viento de la guerra impelía de continuo, y á los que una voz siempre obedecida repetía incesantemente: «¡Anda! ¡anda!»? Es increíble, pero es así: voy á cumplir treinta años, Lieschen; pues bien: mi corazón, endurecido para todas las emociones terribles, ha de nacer todavía para las emociones tiernas; después de haber sufrido como un hombre, me siento capaz de amar como un niño.

—¡Válgame Dios!—exclamó de pronto la joven.—¿No oís el ruido de un carruaje por la carretera?

—Sí,—respondió el proscrito.

—Es mi padre que vuelve de Ettenheim.

—¿Lo que quiere decir que me vaya?

La joven tendió la mano al oficial.

—Amigo mío,—dijo,—creedme: desde el fondo de mi corazón quisiera poderos decir: ¡Quedaos!

El joven retuvo un instante, entre las suyas, las manos de la niña.

—Lieschen,—dijo,—sí, voy á partir; pero, antes de partir, un favor.

—¿Cuál?

—¡No me dejéis marchar sin que me lleve un recuerdo de vuestra tierna piedad para conmigo! La otra noche hubiera cambiado un día de mi vida por cada pétalo de rosa que tirabais al viento; ¡dadme estas violetas, cuyo perfume llegue hasta mí, y parto!

—¿Este ramo de violetas?—repitió tristemente Lieschen.

—Sí; será un talismán que me protegerá en mi huída.

—¡Triste talismán, amigo!—dijo Lieschen.—Estas violetas, últimas hijas también del otoño, como estas rosas de que hablabais hace un momento, ¿sabéis dónde han sido cogidas?

—Poco me importa, puesto que vos las habéis tocado.

—Han sido cogidas en el cementerio,—prosiguió la niña,—en la tumba de mi hermana, muerta hace... mirad, ¡hoy hace precisamente tres años!... Mientras el frío no las mate, pobres flores de muerte, cada mañana, en la misma tumba, cojo un ramo semejante, cuyo perfume me envuelve todo el día: y este perfume es para mí como una emanación de mi pobre hermana.

—Perdonad; retiro mi petición.

—No; aquí las tenéis... ¡Ahora, partid!

—¡Gracias, Lieschen, gracias! Me voy... me voy dos veces desterrado: desterrado lejos de Francia y desterrado lejos de vos; pero volveré... ¡No me olvidéis en vuestras plegarias, Lieschen!

—¡Ay! ¿Por quién he de rogar? No sé siquiera vuestro nombre.

—Rogad por el capitán Richard.

—¡Oh! Mi padre, mi padre allá abajo en la carretera... ¡Salid, salid!

El joven tomó la mano de Lieschen, y apoyó en ella sus ardientes labios; luego, lanzándose por una puerta, en tanto que la otra se abría:

—Hasta la vista, Lieschen,—dijo,—no puedo deciros ¡adiós!

Y desapareció.